

RECENSIONES

FRAGA IRIBARNE, Manuel: *Guerra y diplomacia*. Ediciones Europa, Madrid, 1960, 356 págs.

BELADÍEZ, Emilio: *Diplomacia y diplomáticos*. Madrid, 1960, 110 págs.

Uno de los tópicos que más frecuentemente se aplican a los diplomáticos es el de considerarlos como especialmente llamados a la actividad literaria; y así lo recoge el ilustre embajador de España, marqués de Desio, en el prólogo a uno de los dos libros que motivan este comentario.

Ahora bien, ¿hasta qué punto corresponde este tópico a una realidad? Es difícil decirlo, porque la diplomacia vive entre los tópicos como en su propio caldo de cultivo, y muchas veces los utiliza deliberadamente como un refugio frente al mundo exterior, de la misma manera que el caracol se esconde bajo su concha.

No en vano el pliegue profesional del diplomático consiste—si se permite el juego de palabras—en un repliegue, es decir en una «reditio», pero hay que reconocer que este movimiento de noble inspiración agustiniana puede revestir, si se mira con benevolencia, la forma menos grata de doblez, como equivalente a repliegue. La propia etimología de la palabra alude a esa misma idea, ya que, como es sabido, proviene de que los documentos de la Cancillería del Imperio Bizantino más importantes y que, por tanto, solían tener contenido diplomático, se inscribían sobre placas metálicas que se doblaban de una manera especial.

Ello hace que todas las reservas sean pocas para cualquier cuestión que se refiera a esta singular actividad profesional.

En todo caso, el tópico de los diplomáticos escritores puede resultar idóneo aplicado a los diplomáticos extranjeros, especialmente a los franceses, pero en-

tonces lo mismo podría decirse de los militares, de los ingenieros o de las propias porterías, pues es sabida la incansable actividad monográfica que inspira a nuestros vecinos. Pero no puede decirse lo propio de los diplomáticos españoles, que en eso responden a la más pura línea del casticismo nacional, y respecto de los cuales cabría afirmar, como del resto de sus conciudadanos, que sus mejores libros son aquellos que no han sido escritos nunca. El ingenio, la capacidad de observación, los recuerdos importantes, la experiencia de los viajes, los contactos personales, todo ese vasto caudal que tan interesante materia prima suministraría para la novela, el ensayo o la obra de estudio, queda desaprovechado, si es que puede llamarse *desaprovechar* al hecho de que se desperdigue pródigamente en tertulias, chácharas o soliloquios. Después de todo no hay que olvidar que la *Odisea* se transmitió por tradición oral, y posiblemente la más pura tradición diplomática es la oral y no la escrita, por aquello del «verba volant, scripta manent»...

Así se explica que, dejando aparte excepciones importantes como la del Duque de Rivas, don Juan Valera, el Marqués de Villa-Urrutia, o el malogrado Agustín de Foxá, pocos son los testimonios literarios que podríamos citar de un siglo a esta parte.

De aquí que haya que saludar con alborozo la aparición, casi simultánea, de dos obras de diplomáticos que, además, tratan de temas diplomáticos. En realidad es esta coincidencia el único rasgo común que las caracteriza y que justifica

el someterlas a un mismo análisis crítico.

Se trata, en primer lugar, de la obra denominada *Guerra y Diplomacia*, de Manuel Fraga, editada por el Instituto de Estudios Políticos.

A Fraga no puede aplicarse, ciertamente el reproche de mutismo que con carácter general dirigíamos hace un momento a los diplomáticos. Pero, claro es que la proteica personalidad de Fraga no se reduce, ni mucho menos, a la diplomacia, puesto que abarca la docente, la política, la cultural, etc. Sus trabajos recuerdan a los de Hércules, no sólo por lo extensos y variados, sino también porque al realizarlos el protagonista no da la sensación de que le cueste un esfuerzo. Con difícil facilidad lleva a cabo todas las tareas que se propone: organiza congresos, dicta lecciones o conferencias, dirige organizaciones políticas, y *last but not least* escribe libros. Lo más portentoso de todo, sin embargo, es que esta multiplicación de las actividades no perjudica para nada a su contenido y calidad. A veces se echa de menos, es cierto, un mayor reposo en el análisis y en la valoración, pues el autor nos deja, como vulgarmente se dice, con la miel en los labios, ya que tanto los temas elegidos, como la manera de tratarlos, son extremadamente sugestivos.

Respecto a Fraga, como respecto a López de Vega, resultaría totalmente injustificada la imputación de Góngora: «Potro es gallardo, pero va sin freno», debida en buena parte a la envidia que siente todo escritor difícil y parco por el fácil y caudaloso. No se trata en realidad de falta de freno, sino de exceso de motor, de un gran ímpetu vital, mayor que el de la generalidad de los mortales, que permite a este tipo humano el derroche en la creación sin perjuicio de la calidad.

El libro en cuestión justifica, en este caso concreto, plenamente las observaciones que con carácter general acaban de hacerse acerca de la obra de este escritor. Bajo un título extremadamente modesto, ya que parece circunscribirse a la relación existente en el binomio guerra-diplomacia, por la amplitud y profundidad que se da al temario, por la bibliografía que se maneja, que es prácticamente exhaustiva, el contenido es mucho

más rico de lo que el enunciado pueda sugerir. En realidad se tocan todos los problemas relativos a la diplomacia y, aunque sea de soslayo, el toque está tan cargado de intención ideológica que basta para situarlos en el centro de nuestra atención, siquiera sea por breves momentos.

De una manera aparentemente desordenada, debido, quizás, al hecho de que algunas de las partes del libro constituyeron previamente artículos o conferencias, el autor consigue trazar un cuadro completo de la institución diplomática en el marco de nuestro tiempo, planteando muy concretamente el problema de si la diplomacia podrá sobrevivir al impacto de la transformación radical experimentada por el mundo en esta última posguerra, y al cual no escapan tampoco —dicho sea de paso— otras instituciones no menos importantes y tradicionales, como la propia milicia.

Aunque, como queda dicho, no limita el autor la diplomacia a la guerra, se trata de ella en constante referencia al fenómeno bélico, hoy en día más confuso que nunca, puesto que es muy difícil diferenciar situaciones que antes eran perfectamente netas, bien de paz, bien de guerra. Pero aunque quedase suprimida totalmente la posibilidad de una guerra, no por ello perdería actualidad la diplomacia, la cual, en realidad, solamente quedaría desplazada o desvirtuada en la eventualidad de la constitución de un Estado o Imperio mundial. Es evidente, en efecto, que la diplomacia requiere, como medio vital, un pluriverso político, siquiera esté reducido a un bipolarismo, como en ciertos aspectos es el caso del mundo político de nuestros días. En verdad, sólo de una manera harto superficial sufre este mundo un corte dicotómico y, gracias a ello, la diplomacia no ha perdido nada de sus múltiples posibilidades, antes al contrario, en cierta manera los ha acrecentado: ¡la guerra total exige la diplomacia total!

De una manera asistemática, laxa, y por ello tanto más convincente, va demostrándose el autor optimista a lo largo del libro, respecto a la capacidad de subsistencia de la diplomacia, pese a los consabidos impactos experimentados por la política exterior: la parlamentarización (Sociedad de Naciones, O. N. U.), la «ju-

RECENSIONES

risdiccionalización» (Arbitraje, Tribunal Permanente), la jurisdiccionalización (Seguridad colectiva, renuncia a la guerra, etc.), la «administración» ó tecnificación mediante su reducción a compartimientos estancos y neutralizados (U. N. E. S. C. O., F. A. O., O. I. T., etc.).

La razón de esta supervivencia está en que la diplomacia está íntimamente ligada a ese fenómeno primario o intuición directa de lo político que es el Poder. Lo que ocurre—y es justamente lo que despista a muchos observadores superficiales—es que se trata de una ligazón harto sutil y complicada. No es este, ciertamente, el caso de Fraga, quien no en vano ha cogido, como vulgarmente se dice, el toro por los cuernos, esto es, ha abordado el problema de la diplomacia a través de su relación con la guerra. De este modo sabe sortear, con suma agilidad intelectual, las contradicciones que no dejan de existir implícitamente en el tema.

Por una parte es cierto que no cabe oponer Diplomacia y Guerra, por cuanto «se condicionan estrecha y recíprocamente», y son, por igual, «instrumentos del Estado moderno», y así nos recuerda oportunamente el autor la necesidad de que marchen armónicamente. En caso contrario, la catástrofe es inevitable: así, por ejemplo, cuando el Estado Mayor militar impone su diplomacia (Guillermo II, Japón), o a la inversa cuando la diplomacia no está suficientemente ayudada por el Poder militar, como en el caso de Suez en 1956.

En este mismo sentido puede hablarse de una diplomacia para la guerra, es decir, belicosa, imperialista, como la del Kaiser, Hitler, Mussolini, Togo, Chamberlain, etc. Pero, por otra parte, no es menos cierto que diplomacia y guerra se contraponen, son términos antagónicos, en cuanto diplomacia, a través de una escala «in crescendo» desde la Negociación, pasando por el Compromiso, llega o equivale a Paz. Se trata aquí de una valoración absoluta de la paz. No sólo de las paces favorables, sino de toda paz, por el hecho de serlo, en cuanto «Pax Optima rerum».

Claro es que el diplomático avisado—que es el único, por supuesto, que debería existir—sabe muy bien que sobre toda relación inter-naciones pende siempre la es-

pada de Damocles de la guerra, y que esta mera posibilidad condiciona toda su actuación. Pero lo cierto es que una vez que estalla la guerra—aunque ésta no interrumpe la actividad del diplomático, pues hay una diplomacia de y en la guerra, y siempre hay que preparar la paz, pues podría decirse «si vis pax para pacem»—, la decisión escapa ya de las manos de los diplomáticos hacia las de los militares—y esto es lo que motivó la célebre *boutade*, atribuida a Clemenceau, de que «la guerra es una cosa demasiado seria para dejársela a los generales»—de la misma manera que los pleitos escapan de las manos de los abogados apenas intervienen los jueces, y los enfermos de las manos de los clínicos cuando se someten a los cirujanos.

En este mismo sentido recoge Fraga—siquiera sea de pasada y sin juzgarla—la afirmación de F. I. Friedrich de que «la guerra es el fracaso de la diplomacia», lo que lleva implícita la afirmación recíproca de que «la paz es el fracaso de los militares», lo cual no dejaría de ser inquietante.

¿Cómo, pues, conciliar lo inconciliable? Pues porque siempre hay una última oculta «concordantia oppositorum». La realidad es que ambas, guerra y diplomacia, tienen una base común, que es el poder, ese «fenómeno político básico» (Fraga alude muy oportunamente a la «*libido, animus dominandi*» de la Antigüedad, o al contemporáneo «*Love of Power*»). Ahora bien, resulta lógico que si se trata de una intuición primaria, radical del hombre, estará igualmente vigente en la política interior y en la exterior. La diferencia, según Fraga, es que la esencia de la internacional es el conflicto, con lo que se alude al famoso binomio de Schmidt, si bien éste se da también en la política interior, sólo que con menor evidencia.

El fenómeno del poder es efectivamente universal y primario; no en vano, según ha demostrado Mircea Eliade, el cielo simboliza justamente eso, la fuerza. Nada escapa a su influencia: el reino vegetal a duras penas, ya que aquí el fenómeno de fuerza no actúa en relación con el fenómeno complementario de obediencia, y por esa misma razón no puede hablarse de sociología vegetal, sino de bio-sociología. El reino animal, prefiguración del humano, desde luego no esca-

RECENSIONES

pa a esa influencia, pues en él se producen típicas manifestaciones del poder, como son cuestiones de rango, relaciones periódicas de lucha, influencia en virtud de actitudes imponentes (que es lo más parecido al prestigio humano, en cuanto evita la lucha física), relaciones de dirección y de sumisión.

En las relaciones humanas más primitivas aparece ya el fenómeno del poder, antes que nada en forma de explotación del hombre por el hombre (esclavos, prisioneros, castas inferiores), pero con cierta rapidez se pasa de este tipo de relación unilateral, al bilateral, mediante el matrimonio entre señores y súbditos, y en este sentido ha dicho René Koenig que la aparición de la institución del Connubio pone fin a las relaciones de puro poder. Esto es altamente interesante, o, para hablar con exactitud, importante, porque pone de relieve la íntima y misteriosa conexión entre poder y amor, sobre la que más tarde volveremos.

En este orden de ideas ha señalado el jesuita Przywara que la fuerza, el poder, es tanto en lo vital como en lo espiritual, en lo privado como en lo político, en lo profano como en lo sagrado, el último secreto anhelo de Occidente, como lo fué de Oriente. Es el tema secreto de toda la Historia, antes de que Nietzsche la expusiera de una manera subjetiva, o que Spengler y Sorel la convirtiesen en un sistema de Metafísica de la cultura o de la política. Es el último secreto de Roma, como de Londres, Viena, El Escorial. Pero lo que constituye el núcleo central de Occidente no es la fuerza política—ni siquiera la política sagrada de los pontífices—, sino que en todas las cuestiones acerca de la fuerza, de manera abierta o encubierta, consciente o inconsciente, subjetiva u objetiva, domina la idea de fuerza en el sentido platónico. Ahora bien, la fuerza política en Platón es la coronación última, la culminación final, porque, llámese mística en el *Symposion*, Cosmología en el *Timeo*, u Ontología en otros diálogos, en su auténtico sentido religioso y espiritual, no se trata en definitiva sino de fuerza. La fuerza de Platón es el secreto de toda la fuerza de Occidente, y explica el éxito de su poder mundial.

En los pueblos primitivos se llamó «Mana», en Grecia «Exusia», en Roma «Potestas», en el occidente germánico «Match»,

fuerza. Ahora bien, gracias a la sencilla etimología de la palabra alemana alude ésta directamente a lo que la primitiva trilogía «Mana-Tabú-Totem» estableció, pero que tanto la «Exusia» como la «Potestas», escondieron bajo una máscara de hierro, a saber, el misterio del «Gamos», del matrimonio. De aquí la tradicional concepción del matrimonio entre rey y pueblo, y sobre todo en su forma suprema, entre el hombre y Dios, porque ésta se llama en definitiva «matrimonio», porque se llama «agapé».

En virtud de este interno desarrollo, fuerza, como vemos, termina siendo matrimonio: Eros y Agapé se presentan como fuerza. Análogamente Dante, inspirado en Dionisio Areopaita, dice en el último verso de la *Divina Comedia*: «El Amor que mueve el sol y las otras estrellas», es decir, el amor, como «Theios Kyklos», según la fórmula del Areopagita.

Aun descontando lo extremo de la construcción de Przywara, ella nos ayuda a comprender el carácter eminentemente espiritual del poder y a rechazar todo intento de reducirlo a un mero impulso o instinto de fuerza al que correspondería otro de sumisión. Tratándose del hombre no puede hablarse sino de motivos, que merecen tan alto calificativo porque están condicionados culturalmente. Por ello hay que rechazar la reciente teoría del poder desarrollada por Bertrand de Jouvenel, que lo caracteriza como un ciego instinto natural, como un apetito biológico insaciable de dominación.

Esto equivaldría a considerar la historia política como una sucesión de mandos, obtenidos en fiera lucha sobre una masa pasiva y sumisa. Pero no se puede ignorar la institución de la representación, cuya importancia a estos efectos fué ya destacada por el sociólogo alemán Geiger al designar la «Führung» como la función esencial a todo grupo social, ya que, según él, el sentido de esta función es, precisamente, la representación de la colectividad a través de sus órganos. La importancia de esta fórmula, muy anterior al trabajo de Jouvenel, es que impide—como muy oportunamente acaba de subrayar Koenig—el que el mando, la «Führung», quede reducida a un mero instinto o algo análogo, en cuya virtud el análisis ya no se retrotrae inevitablemente a la antigua psicología individual, sino que se

RECENSIONES

desarrolla a partir de la estructura del grupo que es la entidad alrededor de la cual gira toda la sociología contemporánea. El orden político que resulta de la conexión simultánea mando-sumisión, no es, por tanto, un resultado del libre juego de instintos individuales, anárquicos, sino que tiene sentido solamente en el grupo, en la misma medida que el hombre carece de sentido si no es referido a otros hombres, porque, en definitiva, el hombre no es que sea, sino que en todo rigor «tiene» que ser «zoon politikón» y su vivir es un convivir.

Esta excesivamente larga digresión nos lleva, sin embargo, al punto de partida, a saber, el de la diplomacia en su específica relación con el poder.

Lo que estorba aquí una clara visión del problema es la idea, tan ampliamente extendida, de que en las relaciones internacionales—al faltar una autoridad supranacional—, lo único que rige es la fuerza. Influye aquí la vieja concepción epicúrea del «Homo homini lupus», renovada por Hobbes para el mundo moderno, y que La Fontaine ha acuñado utilizando la tradicional metáfora zoológica «la raison de plus fort est toujours la meilleure». Es decir, que el hombre se parece al lobo, porque también éste es un animal racional, y su razón es precisamente la fuerza, en lo cual coincide con el hombre.

Pero esta idea, tan precipitadamente generalizada, no responde a la realidad, ya que, según se ha podido comprobar, en los períodos previos a la aparición del Estado, la relación de fuerza no es la regular, ni mucho menos. No sólo existen instituciones universalmente admitidas, como la de los parlamentarios, sino que florecen relaciones francamente amistosas de comercio o convivencia: pertenencia al mismo «Totem», exogamia, etc. Una relación de pura fuerza sólo se encuentra a partir del primer estadio de la formación de Estados y para eso transitoriamente, puesto que en un segundo estadio, la relación de superioridad ha quedado ya sometida a normas.

Pero ciñéndonos al supuesto de Estados plenamente constituidos y formando una comunidad o sociedad (no empleamos aquí los términos en el sentido, ya superado, que les atribuyó Tönnies), es dado el comprobar que en sus relaciones no pre-

domina únicamente la fuerza, sino que también representa su papel el prestigio, sea cultural, como fué el caso de Atenas, sea moral, como el de Suiza, o espiritual, como el de la Santa Sede, al que oportunamente alude Fraga.

Si quisiéramos calar más hondo, quizás podríamos decir que el poder, el mando, la fuerza, existente en el mundo, son reales, realísimos, pues efectivamente mueven el mundo político, social, económico, pero que, en cierto modo, los valores opuestos, esto es, la sumisión, la obediencia, el respeto, la humildad, la amistad, el amor son aún más verdaderos y auténticos porque más profundos, en cuanto asentados en una base tan baja que ya no cabe descender, sino ascender, ser exaltado. Era en este sentido como los griegos concebían la Híbris, es decir, que cuanto más fuerte o más alto llega el héroe «más dura será la caída», esto es, más se acerca a la catástrofe. Es este el mismo sentido en que se prefieren en el Evangelio a los mansos sobre los prepotentes, y no en otro sentido—para hacer una cita de la política contemporánea—hablaba Bismarck cuando refiriéndose a ciertos movimientos de sus diputados, decía: «soy su jefe: debo seguirles».

Ahora bien, la fuerza, el poder de la diplomacia es que se apoya precisamente en ese tipo de valores. Ello motiva que su función sea esencialmente simpática; no en la trivial acepción que se suele dar a esta palabra, sino en el profundo que le confirió Max Scheler, como función de conocimiento de la realidad, y aquí la realidad es la del prójimo, los otros, y no sólo el amigo, sino también, y sobre todo, el enemigo. Nadie como el diplomático sabe que el enemigo de hoy es el amigo de mañana, y que si se le tiende puente de plata para huir, mucho más para volver. Así se justifica la definición—que a primera vista puede extrañar—del diplomático como pontificante, es decir, como quien echa puentes sobre los abismos del odio, la incomprensión, la venganza. Así se consigue esa suprema operación diplomática que es la reconciliación; frente a quienes ciegamente se obstinan en el rencor, el diplomático sabe que la relación amistosa, aunque mutilada, puede siempre retoñar y entonces es más valiosa aún que la primitiva. Esto explica el gran mérito de Choiseul y Kau-

RECENSIONES

nitz, con su famoso *renversement des alliances* frente al general sentimiento, o más exactamente resentimiento de franceses y austríacos.

Se recordará que hablando de estadios primitivos decíamos que la aparición del Connubio marca la desaparición de la fuerza en las relaciones inter-grupo. Ahora bien, la diplomacia lo que realiza no es otra cosa, sino precisamente esa labor de connubio, de enlace, en definitiva, de amor. De aquí que probablemente de todas las diplomacias nacionales europeas la más auténtica sea la austríaca, cuyo lema bien podría ser el de esa casa de Habsburgo a la que sirvió «*Bella gerant alii: tu felix Austria nube*»; o sea, que se podría llamarla, al pie de la letra, una diplomacia de enlaces.

Por esta misma razón las otras diplomacias europeas, en la medida en que han tenido veleidades imperiales, como la española, francesa o alemana, no han servido tan cumplidamente la causa continental. Bien entendido que se habla aquí de Europa, precisamente, como de un pluriverso político, un sistema de Estados regido por el principio del equilibrio y, por tanto, de algo que, según demuestra el libro de Fraga, ha muerto.

No ha muerto, sin embargo, la diplomacia europea que—apenas recuperado el continente de los desastres de la última guerra—se ha apresurado a independizarse, zafarse de ese corsé de hierro que protege pero también ahoga, que supone para ella la consigna ideológica del anticomunismo. Es lógico que esta experta, aunque sólo fuese por lo añeja, diplomacia, quiera jugar su propio juego, superando el estrecho marco del actual bipolarismo, aunque sea más que dudoso que pueda resultar «*tertium gaudens*» de este antagonismo.

Debería, en todo caso, no olvidar que si pretende sacrificar los compromisos ideológicos a una política de realidades—conforme con su tradición—no cabe prescindir de esa que—según hemos visto—es la primera realidad política: el poder. Toda diplomacia que olvide esta premisa fundamental está, de antemano, condenada al fracaso. Ayudarla a no olvidarlo no será, ciertamente, uno de los menores, entre los muchos méritos, de la obra de Manuel Fraga.

* * *

El otro libro en cuestión, *Diplomacia y Diplomáticos*, debido a la ágil y no incipiente pluma de Emilio Beladiez, se inscribe, por su intención y contenido, en una esfera muy distinta a la del anterior.

No se trata aquí de una investigación erudita, sino de una exposición literaria, de tipo descriptivo, diríamos. El autor, que procede del campo periodístico, tan unido al diplomático—buena prueba de ello: Manuel Aznar, Giménez Arnáu, La Orden Miracle, Enrique Llovet, Fernández de la Mora entre otros muchos—no se ha propuesto otra cosa sino redactar una especie de florilegio de la carrera que no es, sin embargo, un mero centón, puesto que a las diversas expresiones y citas ajenas se añade una parte personal que, si no la principal por extensión, lo es, desde luego, por su intención y calidad.

Aquí sí que Beladiez ha picado alto, y el mejor elogio que cabe tributarle es decir que los resultados no desmerecen de lo osado de la empresa. Se trataba nada menos que de insertarse en la línea de los grandes moralistas, como un La Rochefoucauld o un Gracia, quienes con el estilete de su ingenio de un solo golpe captan la idea, como el naturalista clava la mariposa para su colección.

Las máximas de Beladiez consiguen reflejar sus ideas sobre una determinada cuestión en el parco ámbito de una sentencia sin por ello incurrir en lo sentencioso.

Para conseguir esta esforzada hazaña cuenta Beladiez con dos bazas importantes en su haber. De una parte, su propio talante vital, que le hace ser ingrátido, rápido, ligero, características que se reflejan en su conversación y también en su literatura. «Más vale quintaesencias que farragos», fulminaba uno de sus predecesores y maestros, el aragonés Gracián, y en este mismo orden de ideas decía Clemencau que para componer una frase basta con un sujeto y un verbo, recordando, sin duda, el proverbio latino «*intelligente pauca*», que parece dar por supuesto que los inteligentes componen la mayoría de los lectores.

De otra parte, Beladiez habla aquí de una experiencia vital, pues ha tenido una carrera harto azacaneada y ello presta a su literatura una espontaneidad, lozanía y autenticidad verdaderamente inapreciables.

Pero tampoco, si bien se mira, lo que

RECENSIONES

en su obra hay de centón, es de minimizar. En primer lugar es siempre útil en un momento dado para consultarlo a título informativo; y, en segundo lugar, porque no cabe desconocer la íntima afinidad existente entre el diplomático y los tópicos.

No se ha estudiado aún—y no sería éste tampoco el lugar adecuado—la razón de que el diplomático sea especialmente un hombre de tópicos, de lugares comunes. Proust no lo consiguió, o, mejor dicho, no se lo propuso, en su delicioso personaje de M. de Norpois. Lo cierto es que en

la misma medida que el diplomático es un hombre de realidades que busca lugares de convivencia, es decir, lugares comunes, debe huir de lo utópico y refugiarse en lo tópico: rechazar lo abstruso, irreal, y buscar lo concreto, real, histórico.

Por más de un motivo el libro de Be-
ladiez constituye una especie de vademécum que el diplomático, el político, ha de llevar consigo para cualquier caso de emergencia.

EMILIO GARRIGUES.

